

EVOLUCION FUTURA, NECESARIA O POSIBLE, DE LA PROPIA DISCIPLINA URBANISTICA

Manuel Ribas y Piera

Se pretende, en base a *los signos del tiempo*, y a la vista de cómo es *la ciudad contemporánea* en que vivimos, predecir la evolución de *los planes en este contexto*.

Como conclusión, se predice *el próximo* final de los planes urbanísticos tal como los hemos conocido; y se señalan los *pedidos* para una nueva generación de planes más a tono con las necesidades de hoy: que sean factibles, visibles, flexibles y participados; pero el sentido de cada uno de dichos adjetivos habrá de ser también *nuevo y otro* respecto a los ya conocidos.

Of the future development, be it necessary or possible, of urbanistic studies

The author set out to predict the *planning in this matter* from *The signs of the Times* and using *The City in which We Live* as his starting point.

The author foresees an *early* end for urbanistic planning as we know it and a *call* for a new sort of the same, more in keeping with present-day requirements of probability, visibility, flexibility and participation, albeit the very sense of these requirements will also have to take on new and different charges were these calls to prove effective.

U nas palabras previas, improvisadas. La intervención de Jorge Hardoy creo ha puesto a todos los componentes de esta Mesa en una situación difícil: ante un entorno de vida o muerte, como el del Tercer Mundo iberoamericano, huelgan retóricas evadidas o teorías que se convierten, por contraste, en florituras de elegidos.

Desgraciadamente esta situación existe incluso cuando no nos la recuerdan. Ya en el 68 algunos nos pusimos de acuerdo que no era posible hacer la revolución con la Arquitectura ni desde la Arquitectura, sino con la Política. Ante las situaciones de flagrante injusticia del Tercer y del Cuarto Mundo, ni la Arquitectura ni el Urbanismo son las palestras adecuadas para luchar contra aque-

llas. Lo que no quiere decir que como profesionales debamos sentirnos insolidarios.

La evolución de la disciplina urbanística cuya conjetura se pide en el título de mi intervención tendrá como marco de referencia la Europa occidental en la que vivimos y trabajamos. El cuadro será ciertamente distinto del de Iberoamérica, pero siempre sin olvidar que en él se incluyen las bolsas de pobreza, las minorías inmigradas y los pensionistas españoles del Fondo de Ayuda Social (14.000 pesetas al mes), por lo que no podemos jugar al escapismo, sino al compromiso solidario desde la misma profesión.

Los signos del tiempo. Ya en los años sesenta, después de las ilusiones puestas en los modelos predictivos y en la informática al servicio del planeamiento, se advirtió un movimiento de desánimo —o de vuelta al realismo, como algunos

decían— que se anticipaba al fenómeno general que ha caracterizado la década de los ochenta.

En un memorable artículo (1) Lina Marsoni nos explicaba al final de los sesenta el tránsito desde los modelos optimizadores (pretendidos descubridores del plan óptimo) pasando por los simplemente satisfactorios (con grandes probabilidades de estar cerca del plan óptimo) y por los modelos estocásticos o subracionales, igualmente probabilísticos pero basados no en una lógica unipersonal deductiva, sino en la reproducción de los comportamientos previsibles de los distintos agentes ante una situación territorial conocida. Se había pasado de contar con el planificador omnisciente al simplemente mal informado como caso más común.

Tímidamente, porque no es mi campo de estudio, creo que el método propuesto por Karl Popper o «principio de la falsación» es otro ejemplo de la extrema humildad —o realismo según otros— de los filósofos de la Ciencia ante las vías del progreso moderno. Muy cerca del «pensamiento débil» de los filósofos posmodernos, que es otro ejemplo de lo que estoy intentando descubrir.

En el campo de la Arquitectura, el «Deconstructivismo», que tan claramente explica Mark Wigley (2) va paralelo a mi entender con la tendencia a la «desregulación» en Planeamiento territorial y urbano que es a lo que ha venido a parar la anterior polémica entre Plan y Proyecto propia de los setenta. Ambos se hacen eco de una cierta postura de *deshacer para hacer otra cosa*, que sería demasiado simple confundirla con la de vuelta atrás. Se desconstruye en Arquitectura y se desregula en Planeamiento para avanzar en cierto modo a nuevas estéticas o a nuevas políticas, respectivamente.

En último término, esto me hace pensar en incluir en la lista lo que a mi entender es, con la teoría de la relatividad, el gran acontecimiento del siglo XX: la «salida adelante» del socialismo real en todos los países donde está implantado. Aquí también sería erróneo confundirlo con la vuelta al capitalismo, y tiene de común con los grandes ejemplos citados una postura relativista y funcional que desmitifica los dogmas clásicos que habían quedado bloqueados, no para negarlos sino para trascenderlos.

Quizá el común denominador podría ser hablar de posmodernismo como signo de nuestro tiempo. El posmodernismo es —o quizá deberíamos decir fue— un descrédito de la forzada continuidad de ideales y mitos, para sustituirlos por otros mediante una operación de *by-pass* o de *passing through*, según como se mire.

La situación a grandes rasgos, que quizá alguno juzgará anecdóticos, es algo parecida a la del siglo XVI cuando (3) las ilusiones en conseguir la Ciudad Ideal —a la que tan cerca habían llegado

en el Urbanismo los Montefeltro— precipitó a la cultura renacentista en el Manierismo, que es otra forma de decir conformismo. Nuestros arquitectos posmodernos, en una aventurada suposición de la que me hago único responsable, sustituyeron la desilusión de los manieristas por una cierta amarga ironía y un sarcasmo ante el estancamiento estilístico en los modelos del Movimiento Moderno.

La ciudad contemporánea. Desde la literatura encaminada a hacernos conscientes de la nueva y gran dimensión de la Ciudad, propia de los años cincuenta, pasamos a la teoría de la Ciudad-Territorio y dentro de ella al estudio de la estructura metropolitana como estructura germinal de la Ciudad moderna. Después, las Regiones urbanas y el revelador libro, casi «Urbanismo-ficción», de Melvin Webber (4) sobre la propinquidad sin contigüidad como característica de los dominios urbanos del futuro, marcan el declive de la Ciudad tradicional que pasa a ser la supervivencia de un esquema fuera de las líneas de progreso.

Los años de la crisis, a los que ya empezamos a referirnos en pasado, desvelaron el interés por esa ciudad tradicional que quedó abandonada a su suerte durante los años del gran *boom*. La rehabilitación, la conservación y el interés por la *inner city* aportaron los ingredientes para salvar lo salvable, para enraizar el crecimiento progresista en la tradición, como debe ser en una situación cultural equilibrada. En esta línea y ya al borde pero no fuera de la Ciudad de los urbanistas hay que citar los esfuerzos para recuperar el sentido lúdico colectivo, mediante obras utópicas hechas realidad que abren la ciudad para todos, con parques, plazas y equipamientos públicos hechos realidad.

Es importante consignar que otra vez, como en la Grecia clásica o en la Europa mercantil de los siglos XIV y XV, las ciudades se convierten en centros de poder político. Tanto, que por algunos gobiernos son temidas como real contrapoder que hay que limitar y poner en cintura.

Véanse si no los episodios paralelos y recientes en la desaparición de los organismos metropolitanos de Londres y de Barcelona.

En el terreno de la gestión, la ciudad contemporánea ha pasado de ser «teatro público» en el que toda privatización era reprochable y reprobada a ser «empresa urbana» en la que la promoción del progreso se consigue mediante sociedades mixtas o privadas (promotores o *sponsors*). Así pues, la tendencia a fomentar la privatización de la ciudad como negocio que incide a la larga en el bienestar de todos y que fue política tradicional de las derechas ha pasado a manos de las izquierdas socialdemócratas preponderantes —ciertamente en versión muchísimo más civilizada—; con lo que la derecha mercantil y privatista se ve obligada hoy a ponerse a la defensa de lo que siempre combatió, cuando menos tácitamente. Este cambio importan-

(1) Lina MARSONI, «L'uso dei modelli come nuovi strumenti di pianificazione», en *Zodiac*, núm. 17. Milán, 1967.

(2) Mark WIGLEY, *Deconstructivist Architecture* (MOMA, N. Y., 1988), en el Catálogo de la Exposición que con el mismo título tuvo lugar en Nueva York durante el verano del año pasado.

(3) M. TAFURI, *L'Architettura del Umanesimo*. Roma, 1969.

(4) M. WEBBER, Press, et al., *Explorations into Urban Structure*, University of Pennsylvania. Filadelfia, 1964.

te, verdadera ceremonia de la confusión, es reciente, y en Barcelona puede leerse cada día en los periódicos. La promoción de muchas obras olímpicas está en manos de sociedades, existen sociedades de iniciativas e incluso se trabaja en la confección de un plan estratégico «Barcelona 2000» que poco tiene que ver —aunque no lo contradice— con el Plan de ordenación urbanística vigente.

Finalmente creo que entre las notas características de la ciudad actual no puede faltar el tránsito de la ciudad para todo y para todos los días de la semana a la ciudad que queda vacía durante los períodos de ocio colectivo, sean semanales o anuales. Es la gran huida, la fuga desde la Ciudad a otra Ciudad más extensa, equipada para sentirse rústico, como María Antonieta en su *Hameau de la Reine*, pero a ser posible con superación de los inconvenientes antiurbanos de la Ruralidad. Esto plantea serias dudas sobre el dimensionamiento de los equipamientos para el ocio y la cultura, que deben ser reinterpretados a la luz de un nuevo consumo del paisaje (5).

Los planes, en este contexto. Los defensores de los Planes-proyecto, de los Planes generales cualitativos y no solamente cuantitativos, de los Planes realistas —y entre aquéllos me cuento, por lo menos en una primera aproximación sin distinguos—, afirmamos que los Planes deben ser, hoy, *factibles y visibles*. ¿Condiciones eternas, bendito sea Dios! ¿Cuándo no ha sido así?, deberíamos preguntarnos.

Lo que ocurre es que estas exigencias de siempre se ponen por delante de otras. Así la factibilidad significa concordancia con los programas e incluso compromisos y convenios en firme con los agentes urbanísticos, que antes se dejaba para «la hora de la realización».

Y la visibilidad requiere una extraordinaria atención a la dimensión morfológica o arquitectónica, como consecuencia de la factibilidad asegurada. Si antes se trataba de asegurar la disponibilidad presupuestaria de los distintos agentes en el período de gestión, ahora se trata de comprometer los proyectos de ejecución que habrán de formalizar la Ciudad con su acción inmediata sobre el territorio. La coordinación del Plan —acción mediata por definición— con el Proyecto —realización inmediata— culmina la polémica entre ambos.

Si bien es cierto que puede existir un cierto camino heterodoxo del Proyecto al Plan —yo lo he experimentado a nivel académico para pequeños núcleos urbanos— no debe ser ciertamente el camino común. Creo que la tendencia ha dado ya sus frutos y está agotándose, porque ya se oyen voces que piden estructura y planeamiento global que encuadren las acciones sectoriales habituales en los últimos años.

Se pide también hoy a los Planes que sean flexibles. Vieja ambición también, desde las propuestas de *piani scorrevoli* en la Italia de mitad de los sesenta.

Aquí se trata de superar una contradicción interna puesto que si planear es prever bastaría con la previsión efectuada. La flexibilidad o elasticidad de los Planes debe basarse en su adaptabilidad a la realidad. La denuncia de rigidez pone el dedo en la llaga de la excesiva complejidad de nuestros Planes que origina laboriosísimas redacciones y solemnes cristalizaciones, por aquello del principio de la seguridad jurídica. No nos engañemos, prever es casi siempre entrever, y tan sólo un Plan flexible, fácilmente acomodable será el instrumento válido para una gestión realista, factible y visible como antes he explicado.

La última nota característica, mayoritariamente requerida, es a mi entender que los Planes sean cada vez más participados. Y atención, porque no se trata sólo de participación en la elaboración, asunto concluido e incorporado en casi todas las legislaciones urbanísticas, sino de participación continuada, permanente, *scorrevole* también, a tono con Planes factibles, visibles y elásticos o adaptables.

De todo lo antedicho sobre los «pedidos» que se hacen a los Planes del presente y del inmediato futuro, ¿puedo atreverme a hacer una predicción?

Los planes que nos hacen falta hoy han de ser capaces de aceptar:

a) la predefinición de la forma urbana o arquitectónica mediante la íntima complementariedad con los proyectos urbanos,

b) la adecuación a los hechos imprevisibles o simplemente imprevistos sin que se tambalee todo el edificio jurídico que le da vigencia y seguridad,

c) la intervención de todos los grupos de administrados que tienen algo que decir (ya sea porque están mayormente afectados, ya porque su espíritu cívico les induce a opinar) mediante una fácil desregulación sin mengua de la visión de conjunto ni de las garantías procesales adecuadas.

En conjunto creo que éste es el final de los Planes tal como los conocimos. Pero no es el final del Planecamiento. Por ello todo hace pensar que una nueva generación de estrategias, de técnicas y de garantías relacionadas con la gestión del Territorio y de la Ciudad habrán de ver la luz próximamente, al conjunto de las cuales quizá llamaremos también Planes.

Lo que entreveo con mayores posibilidades en este momento es la conjunción de un oficina consultiva permanente que opera, a petición de administradores y grupos de administrados, sobre un plan marco más simple y de flexibilidad autorregulada con el propio plan. La desregulación perderá su sentido contradictorio y será sustituida por la regulación permanente, de acuerdo con las propias reglas del Plan.

Agradezco a los organizadores del Seminario la posibilidad que me han dado para hacer profecías, asumo el riesgo de las que me atreví a proponer, y confío enormemente en vuestra cooperación mediante el debate que seguirá.

(5) M. RIBAS P., «The consumption of Landscape in the city of the Future», en *Fears and Hopes for European Urbanization*. La Haya, 1974; y también del mismo autor, en las Ac-

tas del Congreso IFPRA, Barcelona, septiembre de 1983, con la ponencia «Los Parques y el consumo del ocio en las aglomeraciones urbanas contemporáneas».